

ba desaparecido; el palacio parecía haberse ocultado tras una niebla, con su fachada poco importante, achatada y baja, y tan vago á lo lejos que no le distinguía, mientras que hacía la izquierda, y por encima de las frondosas copas de los árboles, la cúpula de San Pedro se había agrandado entre la límpida atmósfera y el oro claro del sol, ocupando todo el cielo y dominando por completo la ciudad.

¡Ah! ¡La Roma de ese primer encuentro, la Roma matinal de la que, ardiendo con la fiebre de la llegada, ni siquiera se había fijado en los barrios nuevos, cuántas esperanzas no le hacía concebir esa Roma que creía encontrar viva y tal cual él la soñara! Y en un día tan hermoso, mientras que, en pie y envuelto en su modesta sotana negra, la contemplaba así, se figuró que subía de los techos de esa tierra sagrada, dos veces reina del mundo, una promesa de paz universal! Esta era la nueva Roma, la tercera Roma cuya paternal ternura pasaría por cima de las fronteras, buscaría á todos los pueblos para reunirlos consolados en un común abrazo. La veía, la oía tan rejuvenecida, tan dulce de infancia bajo el grande y puro cielo, como volando con la frescura de la mañana, en el candor apasionado de su ensueño.

Pedro se separó al cabo de la contemplación de tan sublime espectáculo. Con la cabeza baja y al sol, no se habían movido ni el cochero ni el caballo. En la banqueta estaba abrasando la maletita de mano, calentada por el astro del día cada vez más elevado.

Subió al coche, repitiendo otra vez las señas:

—Vía Julia, palacio Boccanera.

II

À esa hora, la vía Julia, que se extiende en línea recta cosa de unos quinientos metros desde el palacio Farnesio á la iglesia de San Juan de los Florentinos, estaba iluminada por la clara luz de un sol resplandeciente que la enfilaba de un extremo á otro, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo sin aceras. El carruaje la recorrió casi por completo en antiguas y grisientas viviendas que la bordeaban, como adormecidas y vacías, con sus grandes ventanas resguardadas por férreas enormes rejas, con profundos pórticos que permitían ver sombríos patios, semejantes á pozos. Abierta por el papa Julio II, que soñó adornarla con magníficos palacios, fué la vía más regular y hermosa de Roma en aquella época y sirvió de corso en el siglo XVI. Se comprendía que allí había existido un antiguo y hermoso barrio condenado al silencio, al desierto del abandono é invadido por una especie de dulzura y discreción clericales. Sucedianse unas á otras las antiguas fachadas, las ventanas cerradas, algunas verjas adornadas con plantas trepadoras, los gatos sentados en las puertas, las tiendas oscuras de un comercio humilde, instalado en los bajos, mientras que los transeuntes eran contados,

viéndose entre ellos mujeres sin nada en la cabeza acompañando chiquillos, una carreta cargada de heno de la que tiraba un mulo, un monje de soberbio aspecto vestido con tosco sayal de paño burdo y un velocipedista deslizándose sin hacer ruido con su máquina que centelleaba al sol.

Al cabo el cochero se volvió y señalando un gran edificio cuadrado, emplazado en la esquina de una estrecha callejuela que iba á parar al Tíber, dijo:

—Palacio Boccanera.

Levantó Pedro la cabeza y le oprimió un tanto el corazón aquel severo caserón, ennegrecido por la edad, y de una arquitectura tan desnuda y maciza. Lo mismo que el palacio Farnesio y el palacio Sacchetti, sus vecinos, hábalo construído Antonio de San Gallo, allá hacia el 1540 é igualmente que para el primero la tradición popular sostenía que el arquitecto había empleado para su construcción piedras robadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo. Era vasto y cuadrado, tenía sobre la calle una fachada con siete ventanas y tres pisos, y el primero de estos muy elevado de techo y de aspecto noble. Por todo adorno las rasgadas ventanas del cuarto bajo, cerradas por enormes labradas rejas salientes en previsión de algún asedio, se apoyaban en grandes cartelas y coronadas por áticos que, á su vez, descansaban en otras cartelas también esculpidas, pero más pequeñas. Encima de la monumental puerta de entrada con hojas de bronce, y delante del hueco correspondiente á la ventana del centro, había un balcón volado. La fachada terminábase en lo alto con una cornisa suntuosa cuyo friso presentaba una gracia y una pureza de ornamentación admirables. Este friso, lo mismo que las cartelas y áticos de las ventanas y las jambas y el dintel de la puerta eran de mármol blanco, pero ya tan empañado, tan desmenuzado, que había adquirido el granillo rudo y amarillento de la piedra. A derecha é izquierda de la puerta hallábanse dos antiguos bancos sostenidos por animales mitológicos y también tallados en mármol, viéndose empotrada en uno de los ángulos del edificio, una preciosa fuente estilo Renacimiento, seca á la sazón y formada por un amorcillo montado sobre un delfín, cosas ambas casi imposibles de reconocer, de tal manera el tiempo había borrado los relieves.

Lo que más que nada atrajo las miradas de Pedro, fué un escudo de armas esculpido encima de una de las ventanas del cuarto bajo; el escudo de las armas de los Boccanera, un dragón alado arrojando llamas por la boca y aun se lefa con toda claridad la divisa que había quedado intacta *Bocca nera Alma, rossa*, boca negra, alma roja. Encima de las otras ventanas, y como haciendo pareja, había uno de esos retablos tan numerosos aun en Roma; una santa Virgen vestida de raso, ante la cual, hasta en pleno día, ardía una lámpara.

Como de costumbre, iba el cochero á internarse en el pórtico abierto y sombrío, cuando el presbítero, obedeciendo á un impulso de timidez, le detuvo:

—No entréis—le dijo—es inútil.

Apeóse del carruaje, pagó al cochero y se halló con la maletita en la mano, bajo la bóveda primero y después en el patio central sin haber encontrado alma viviente.

Era un patio cuadrado, bastante espacioso, rodeado de un pórtico lo mismo que si fuese un claustro. Bajo aquellas arcadas medio derrumbadas, veíanse restos de estatuas, losas de mármol, un Apolo sin brazos, una Venus de la que no quedaba más que el tronco, todo ello apoyado en las paredes. Una hierba menudita y fina había crecido entre las piedras que cubrían el piso, formando un mosaico negro y blanco. Parecía como que el sol no llegaba nunca hasta aquel suelo enmohecido por la humedad. Reinaba allí la sombra, el silencio de una grandeza muerta y de una tristeza infinita.

Sorprendido Pedro por el vacío de aquel palacio mudo, buscó á alguno, á un portero, á un criado y habiendo creído ver pasar una sombra se decidió internarse en otra bóveda que conducía á un jardinillo emplazado sobre el Tíber. Por este lado la fachada lisa y sin ningún adorno no presentaba más que las tres hileras de sus ventanas simétricas. El aspecto del jardín, con su abandono, le oprimió aún más el corazón. En el centro, y en un magnífico pilón lleno de tierra, habían crecido grandes matas de boj amargo. Entre la mala hierba, que crecía en abundancia y en completa libertad, elevábanse unos cuantos naranjos de dorado maduro fruto, que eran los únicos que indicaban cual era la dirección de los paseos que bordeaban.

Arrimado á la pared de la derecha, y entre dos laureles enormes, había un sarcófago del siglo II, con bajo relieves que representaban faunos persiguiendo mujeres, una bacanal desenfundada, una de esas escenas, en fin, de amor voraz con que la Roma de la decadencia adornaba las tumbas, y convertido en depósito de agua aquel sarcófago de mármol desportillado, mohoso, recibía el delgado chorrito de agua que se desprendía de una trágica carátula empotrada en la pared. En tiempos antiguos abríase allí sobre el Tíber una especie de *logia* porticada, una azotea, desde la que, por una doble escalinata, se podía bajar hasta el río. Pero con el trabajo de los muelles empezaban ya á levantar las orillas y el resultado era que la terraza se encontraba más baja que el suelo nuevo, rodeada de escombros, de piedras de sillería abandonadas, y del despazurramiento yesoso y lamentable que trastornaba todo el barrio.

Aquella vez al menos, tuvo Pedro la seguridad de haber visto la sombra de una falda. Volvióse al patio y se encontró cara á cara con una mujer que debía frisar en los cincuenta años, pero que no tenía ni un pelo blanco, y sí el aire muy alegre y vivo, con su estatura no muy alta. No obstante, al ver á un cura, su rostro redondo, iluminado por unos ojillos claros, reveló algo como desconfianza.

Pedro procuró en seguida explicarse apelando para ello á algunas palabras del mal italiano que hablaba:

—Señora, soy el abate Pedro Froment...

No le dejó ella continuar, y en buen francés, con ese acento lento y un poco pastoso de Ile-de-France, le dijo:

—¡Ah! ¡Ya lo sé, señor abate! ¡Ya lo sé! Os esperaba, tengo órdenes...

Y observando que la miraba con asombro:

—Soy francesa... hace veinticinco años que vivo en este país y aun no he podido acostumbrarme á su condenada lengua!

Recordó entonces Pedro que el vizconde Filiberto de la Choue habíale hablado de aquella criada, de Victorina Bosquet, una *beauceronna*, de *Anneau*, que cuando tenía veintidos años había ido á Roma acompañando á una señora tísica, cuya brusca muerte la dejó como perdida en un país de salvajes. Por esto se entregó en cuerpo y al-

ma á la condesa Ernesta Brandini, una Boccanera que acababa de dar á luz y que la recogió en la calle para convertirla en la nifera de su hija Benedetta, con la idea de que ayudaría á la niña á aprender el francés. Hacía veinticinco años que se hallaba sirviendo á aquella familia y había conseguido llegar hasta el rango de ama de gobierno sin dejar por eso de ser una ignorante, tan desprovista del don de lenguas que sólo consiguió chapurrar un italiano detestable, útil para las necesidades del servicio en sus relaciones con los demás criados.

—¿Y cómo sigue el señor vizconde?—añadió con su franca naturalidad.—¡Es tan amable y nos da tanta alegría cuando se hospeda aquí en todos los viajes! Sé que la princesa y la *contessina* han recibido ayer una carta suya en la que les hablaba de vuestra llegada.

El vizconde Filiberto de la Choue era quien, en efecto, lo había preparado todo para la estancia de Pedro en Roma. De la antigua y vigorosa raza de los Boccanera, no quedaban más que el cardenal Pío Boccanera, su hermana la princesa, vieja solterona á la que por respeto llamaban *donna* Serafina, después su sobrina Benedetta de la que Ernesta, su madre, siguió á la tumba á su marido el conde Brandini, y por último, el príncipe Dario Boccanera, cuyo padre el príncipe Onofrio Boccanera había muerto y la madre, una Montefiori, contraído segundas nupcias. Por la casualidad de una alianza había el príncipe emparentado con esa familia; su hermano pequeño casóse con una Brandini, hermana del padre de Benedetta y era de ese modo á título complaciente de tío, cómo en distintas ocasiones habíase hospedado en el palacio de la vía Julia en vida del conde. Profesaba gran cariño á la hija de éste, sobre todo después de cierto drama íntimo de un matrimonio desgraciado que se trataba de hacer anular. A la sazón, que Benedetta había vuelto al lado de su tía Serafina y de su tío el cardenal, la escribía con mucha frecuencia ó la enviaba libros desde Francia. Entre otros, le mandó el vizconde el de Pedro, y toda la historia empezó allí, cartas cambiadas y más tarde una de Benedetta manifestando que la obra había sido denunciada á la Congregación del Índice, y aconsejando al autor á que acudiese á defenderlo y ofreciéndole graciosamente la hospi-

talidad en el palacio. El vizconde, tan asombrado como el joven presbítero, no comprendió la razón de ello y le decidió á emprender el viaje, por buena política, apasionándole una victoria que de antemano hacía suya. En estas circunstancias comprendíase el azoramiento de Pedro al caer en aquella casa tan inmensa y desconocida, y comprometido con una aventura heroica cuyas razones y condiciones no acertaba á explicarse.

De pronto dijo Victorina:

—Os dejé, señor cura, ahí y no me acordé de nada... voy á acompañaros á vuestra habitación; ¿en dónde está vuestro equipaje?

Quedóse muy sorprendida después, cuando la enseñó la maletita, que se había decidido á dejar en el suelo y la explicó que para una estancia de quince días creyó que tenía suficiente con una poca ropa blanca y una sotana más.

—¡Quince días! ¿Os figuráis que no vais á estar aquí más que quince días? En fin, ya lo veréis.

Y llamando á un gran diablo de lacayo que al cabo se había decidido á presentarse, le ordenó:

—Subid eso, Giacomo, al gabinete rojo: ¿tenéis la amabilidad, señor abate, de seguirme?

El encuentro tan imprevisto, en el fondo de aquel sombrío palacio romano, de una compatriota tan vivaracha y buena mujer, prodújole á Pedro algo como consuelo. A la sazón, y mientras atravesaban el patio, escuchóla como le contaba que la princesa había salido y que la *contessina*, como seguían llamando por cariño á Benedetta en la casa, no obstante su casamiento, no se había movido de su cuarto porque estaba algo enferma; pero Victorina repitió que tenía órdenes recibidas.

La escalera estaba situada en un ángulo del patio bajo el pórtico; era una escalera monumental con los escalones tan anchos y bajos y de una pendiente tan suave, que un caballo habría podido subir por ellos sin ninguna dificultad. Al ver, sin embargo, aquellas paredes de piedra tan desnudas, aquellos corredores y recibimientos tan solemnes y vacíos, dijérase que una melancolía de muerte se desprendía de las altas bóvedas.

Al llegar al primer piso y observar lo emocionado que

estaba Pedro, sonrióse Victorina. El palacio parecía estar deshabitado, pues ningún ruido se oía en sus cerrados salones. El ama de gobierno señaló con un sencillo ademán una gran puerta de encima que se abría á la derecha.

—Su eminencia ocupa aquí el ala que da sobre el patio y el río ¡oh! pero nada más que escasamente una cuarta parte... Los salones que dan á la calle y estaban destinados á recepciones se cerraron ¿cómo era posible sostener y cuidar eso, y sobre todo para qué? Se necesitarían muchos criados.

Continuó subiendo con mucha viveza, habiendo permanecido, siempre, á la cuenta, demasiado extraña, demasiado diferente de todo aquello para que pudiese hacerla mella ó penetrarse del medio en que vivía. Al llegar al segundo piso, añadió:

—Mirad, aquí, á la derecha tenéis las habitaciones de *donna Serafinja* y á la izquierda tenéis las de la *contessina*. Este es el único rincón de la casa en que hay un poco de calor y en el que se ve que hay vida. Además hoy es lunes y la princesa recibe esta noche; ya lo veréis.

Abrió después una puerta que comunicaba con una escalera muy estrecha.

—Nosotros estamos en el tercero... ¿quiere el señor abate que pase delante?

La gran escalera de honor terminaba en el segundo, y Victorina le explicó que el tercer piso no tenía más comunicación que aquella escalera de servicio que llegaba hasta la calle siguiendo uno de los costados del palacio é iba á parar al Tíber. Allí había una puertecilla de escape y esto era sumamente cómodo.

Cuando llegaron al tercer piso siguió un corredor y enseñó otra vez varias puertas.

—Esta es la habitación de don Virgilio, el secretario de su eminencia... esta es la mía... y he aquí la que va á ser la vuestra... Siempre que el señor vizconde viene á pasar unos días en Roma, no quiere más habitación que ésta. Dice que así tiene más libertad y sale y entra cuando se le antoja. Lo mismo que á él os daré una llave de la puerta de abajo, y ahora veréis qué vistas más hermosas tiene el cuarto.

Victorina le precedió; la habitación se componía de dos

piezas, un salón bastante espacioso, cuyas paredes estaban cubiertas de un papel rojo con grandes ramajes y un gabinete con un papel gris lino sembrado de descoloridas florecillas. El salón formaba la esquina del palacio y tenía vistas sobre la callejuela y el Tíber. Victorina abrió en seguida las dos ventanas desde una de las cuales se veía en lontananza el río aguas abajo y desde la otra el Transtíber y el Janículo, enfrente, al otro lado del río.

—¡Ah! ¡Sí, efectivamente es muy hermoso!—dijo Pedro que la había seguido y estaba detrás de ella.

Sin apresurarse llegó Giacomo tras ellos con la maletita. Eran las once dadas. Entonces, viendo que el presbítero estaba muy cansado y comprendiendo que debía tener necesidad de tomar algo después de un viaje tan largo, Victorina le indicó la conveniencia de mandarle servir en seguida el almuerzo allí en el salón. Después le quedaría la tarde para poder descansar y á las señoras no las vería hasta la noche, á la hora de la comida. Pedro protestó diciendo que no saldría y que no estaba dispuesto á perder una tarde entera; pero aceptó el almuerzo porque en efecto se moría de hambre.

Tuvo sin embargo Pedro que tener paciencia durante una media hora larga. Giacomo, que le servía á las órdenes de Victorina, no se daba ninguna prisa y el ama de gobierno, muy desconfiada, no abandonó al viajero hasta después de asegurarse de que realmente no carecía de nada.

—¡Ah! ¡Qué gentes y qué país, señor abate! No es posible que forméis ni la menor idea de lo que son. Aunque estuviese cien años aquí, no me acostumbraría... ¡Ah! ¡Si no fuese por la *contessina* que es tan hermosa y buena!

Luego y al mismo tiempo que colocaba en la mesa un plato con higos, asombró á Pedro cuando añadió que en una población en la que no había más que curas, no podía ser una ciudad buena. Aquella criada incrédula, tan activa y alegre y en aquel palacio, empezaba á asustarle.

—¡Cómo! ¿No tenéis religión?

—¡No! ¡No! Habéis de saber, señor abate, que eso de los curas no es mi negocio. Cuando era pequeña conocí uno en Francia. Más adelante, aquí, he visto tantos y

todo se concluyó... No digo eso por su eminencia, que es un santo hombre digno de todos los respetos... Y ya saben en la casa que yo soy una mujer honrada y que jamás me porto mal. ¿Por qué no me han de dejar tranquila desde el momento en que quiero tanto á mis amos y cumplo á conciencia en su servicio?

Terminó Victorina sus observaciones con una franca carcajada.

—¡Ah! Cuando me dijeron que iba á venir un cura como si aquí no hubiese antes bastantes, gruñí hasta por los rincones... Pero vos tenéis el aire de ser un honrado joven y creo que nos entenderemos á maravilla... No sé á causa de qué me entretengo en contaros todo esto tan á la menuda, será sin duda porque venís de allá abajo ó quizás porque la *contessina* se innteresa mucho por vos... En fin, sea como quiera; me dispensaréis ¿no es verdad? Creedme, señor abate, descansad hoy y no hagáis la tontería de iros á dar vueltas por la ciudad en la que no hay esas cosas tan divertidas que ellos dicen.

Al quedarse solo, sintióse Pedro bruscamente rendido por el cansancio acumulado del viaje, aumentado por la mañana de fiebre entusiástica que había vivido, y, como embriagado, aturdido por el par de huevos y la chuleta comidos apresuradamente, echóse vestido en la cama con el pensamiento de descansar durante una media hora. No se quedó dormido en seguida, sino que pensó en aquellos Boccanera cuya historia conocía en parte, cuya vida íntima veía como en sueños con el natural aumento de las primeras sorpresas, á través de ese palacio desierto y silencioso, de una grandeza tan destartada y melancólica. Fuéronse después embrollando sus ideas, se deslizó al sueño entre un pueblo de sombras, trágicas unas, otras dulces, de faces continuas que le contemplaban con ojos de enigma y dando vueltas en lo desconocido.

De la familia Boccanera habían salido dos papas, uno en el siglo trece y otro en el quince y era de esos dos elegidos, amos todopoderosos, de los que en otros tiempos habían recibido su inmensa fortuna, tierras y haciendas considerables hacia la parte de Viterbo, muchos palacios en Roma, objetos de arte para llenar sus galerías y montones de oro para colmar las cuevas. La familia pasaba

por ser la más piadosa de patriciado romano, por ser aquella en la que ardía la fe y cuya espada estuvo siempre al servicio de la Iglesia; la más creyente, pero también la más violenta y la más batalladora, continuamente en guerra y de una salvajez tal, que la cólera de los Boccanera habíase convertido en proverbio. Y de ahí procedían sus armas, el dragón alado vomitando llamas, el lema, ó divisa, ardiente y feroz que se basaba en su apellido *Bocca nera*, *Alma rosa*, boca negra, alma roja, la boca como entenebrecida por un ruido y el alma ardiendo como un brasero de fuego y de amor. Circulaban aún leyendas de pasiones sin fin ó de terribles actos de justicia. Se contaba como una leyenda el duelo de Onfredo, el Boccanera que á mediados del siglo décimo sexto había mandado construir el palacio actual en lugar de un antiguo caserón que derribó. Habiendo sabido Onfredo que su esposa se había dejado besar en los labios por el joven conde de Cortamagna, hizo que una noche se apoderasen de éste y se lo llevasen á su casa en la que, sin desatarlo, le obligó á que se confesase con un monje. En seguida cortó las cuerdas con un puñal, tiró al suelo las lámparas y ordenó al conde que conservase el arma y se defendiese. Durante más de una hora y rodeados de una obscuridad completa, en el fondo de aquella sala llena de muebles los dos hombres se buscaron, esquivaron los encuentros ó se asieron acerbillándose á puñaladas. Cuando más tarde echaron abajo las puertas, encontraron entre charcos de sangre y á través de las mesas derribadas, de las sillas hechas pedazos, á Cortamagna con la nariz cortada y las piernas acuchilladas por treinta y dos puñaladas, mientras que Onfredo había perdido dos dedos de la mano derecha y tenía los hombros hechos una criba. Lo milagroso fué que ni el uno ni el otro murieron. Cien años después, en esa misma ribera del Tíber, una Boccanera, una niña que apenas tenía dieciseis años, la hermosa y apasionada Cassia, llenó á Roma de asombro y de terror. Amaba á Flavio Corradini, el hijo de una familia rival, execrada, á que su padre, el príncipe Boccanera, no quería unirla y su hermano mayor Ercole, había jurado matar si alguna vez le encontraba á su lado. Corradini iba á verla en una barca y Cassia bajaba á reunirse con él por la escalerilla que iba á

parar á la orilla del río. Una noche Ercole, que los estaba acechando, saltó á la barca y clavó su puñal en el corazón de Flavio Corradini. Más tarde se pudieron reconstituir los hechos y se comprendió que entonces Cassia, iracunda, loca, desesperada, haciendo justicia y no queriendo sobrevivir á su amor, se arrojó sobre su hermano y cogiendo en el mismo irresistible brazo á la víctima y al asesino hizo zozobrar la barca. Cuando encontraron los tres cuerpos, Cassia oprimía aún los de los dos hombres, chafando el uno contra el otro sus rostros entre sus desnudos brazos que conservaban su blancura de nieve.

Sucedió esto empero en épocas desaparecidas. A la sazón si quedaba la fe, la violencia de la sangre parecía haberse calmado en los Boccanera. Su gran fortuna también se había ido en medio de esa lenta decadencia que desde hace un siglo viene hirviendo con la ruina al antiguo patriciado romano. Habíanse tenido que vender las tierras y vaciarse el palacio, cayendo poco á poco en ese tren de burguesa medianía de los tiempos modernos. Los Boccanera al menos se negaban obstinadamente á toda alianza extranjera y su sangre romana se conservaba pura, de lo que estaban orgullosos. Con esto satisfacían su orgullo desmedido no siendo nada para ellos la pobreza, viviendo á parte y sin exhalar una queja en el fondo del silencio y de la sombra entre los que se acababa una raza. El príncipe Ascanio, que había muerto en 1848, dejó, de su unión con una Cervisieri, cuatro hijos; Pío, el cardenal, Serafina, que no quiso casarse para quedarse al lado de su hermano, y Onofrio y Ernesta, no habiendo dejado más que una hija, no quedaba más que como heredero varón, único continuador del apellido, el hijo de Onofrio, al joven príncipe Dario, cuya edad frisaba en los treinta años. Con éste, si moría sin dejar posteridad, debían desaparecer los Boccanera tan vivaces y cuya acción llenó la historia.

Desde muy niños amáronse Dario y su prima Benedetta, con una pasión sonriente, profunda y natural. Habían nacido el uno para el otro y no imaginaban que hubiesen venido al mundo para otra cosa más que para ser marido y mujer cuando estuviesen en edad de hacerlo. El día en que, ya cerca de los cuarenta, el príncipe Onofrio, hombre muy amable y popular en Roma, que gastaba su merced

La fortuna siguiendo su capricho, se decidió á casarse con la hija de Montefiori, la marquesita Flavia, cuya soberbia belleza de Juno niña le enloqueció, fuese á vivir á la villa Montefiori, única riqueza, única propiedad que poseían aquellas señoras, situada hacia la parte de Santa Inés fuera de los muros; un jardín vastísimo, verdadero parque poblado de árboles centenarios que tenía en el centro una casa, cuya construcción pobre y mezquina databa del siglo XVII, cañase á pedazos. Acerca de aquellas señoras no corrían rumores muy favorables; la madre casi fuera de su lugar desde que quedara viuda y la hija demasiado hermosa y con modales en exceso conquistadores. Ese casamiento fué desaprobado de la manera más formal por Serafina, que era muy rígida y por el hermano primogénito Pío que, á la sazón, era solo camarero secreto participante del Santo Padre y canónigo de la Basílica vaticana. Ernesta fué la única que no rompió sus relaciones con su hermano al que quería mucho por su carácter alegre. De tal manera fué ésto, que más adelante su mejor distracción consistió en irse todas las semanas á pasar un día entero en la villa Montefiori. ¡Qué día más delicioso para Benedetta y Darío, ella de diez años de edad y él de quince! ¡Qué día tan tierno y fraternal corriendo ó paseando á través de aquel jardín tan vasto, poco menos que abandonado, con sus copudos pinos, sus bojés gigantes, sus bosquecillos verdes de encina entre los cuales se perdían como en un bosque virgen!

Fué un alma apasionada y sufrida el alma pobre y ahogada de Ernesta, que nació con una necesidad muy grande de vivir con sed de sol, de existencia dichosa, libre y activa en pleno día. Citábasela por sus rasgados ojos claros, por el óvalo encantador de su dulce rostro. Era muy ignorante, como todas las hijas de la nobleza romana, y lo poco que sabía habíalo aprendido en un convento de religiosas francesas y nació enclaustrada en el negro fondo del palacio Boccanera, no conociendo el mundo más que por el paseo diario que daba en coche, en compañía de su madre, por el Corso y por el Pincio. Después, al llegar á los veinticinco años, cansada y desolada ya, casóse, como era de rigor, con el conde Brandini, hijo el más joven de una familia muy noble, numerosa y pobre. En el segundo piso

del palacio de la villa Julia prepararon toda una ala para que en aquellas habitaciones se instalasen los recién casados. Y nada cambió; Ernesta siguió viviendo rodeada de la misma y fría sombra, bajo el peso de aquel pasado muerto, peso que ella sentía cada vez más sobre sus hombros como si fuese el de una losa sepulcral. A parte de aquel casamiento, que fué muy honorable por una y otra parte, el conde Brandini pasó poco tiempo después en Roma por ser el hombre más orgulloso y necio que allí había. Profesaba una religión estrecha y formalista, mostrándose intransigente, y triunfó cuando consiguió, después de apelar á intrigas sin cuento y á sordos manejos que duraron diez años, hacer que le nombrasen caballero mayor de Su Santidad. Desde entonces, dijérase que toda la pasada majestad del Vaticano habíase entrado por las puertas de su casa. Bajo Pío IX y hasta 1870, fué aún pasadera la vida para Ernesta, que se atrevía á abrir las ventanas que daban á la calle, recibía algunas amigas sin ocultarse ó aceptaba convites para asistir á algunas reuniones. Pero cuando los italianos conquistaron á Roma y el papa se declaró prisionero, la casa de la vía Julia se convirtió en un sepulcro. Cerraron la puerta grande, la atrancaron y en señal de duelo clavaron las hojas, y durante diez años no entraron ni salieron más que por la puerta de la escalera de servicio que comunicaba con la callejuela. Prohibieron también que abriesen las ventanas de la fachada. Aquello fué el enfurrufamiento, la protesta del mundo negro, el palacio reducido al silencio y á la inmovilidad de la muerte, y además de esto, una reclusión total, sin recepciones, pues sólo se vieron raras sombras, las de los tertuljos de *donna* Serafina, que los lunes se deslizaban por la estrecha puertecilla apenas entreabierta. Fué entonces durante esos lúgubres diez años, cuando la joven señora lloró todas las noches, y aquél alma sordamente desesperada agonizó al verse así enterrada en vida.

Ernesta dió á luz muy tarde, es decir, cuando tenía ya treinta y tres años. Al principio, la niña fué para ella una distracción. Más tarde la ordenada existencia la recogió otra vez entre su engranaje aplastante, y tuvo que meter á su hija en el convento del Sagrado Corazón de la Trinidad de los Montes, bajo la dirección de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1025 MONTERREY, MEXICO

á ella la habían educado. De allí salió Benedetta hecha ya una joven, á los diecinueve años, habiendo aprendido el francés y la ortografía, un poco de aritmética, el catecismo y algunas páginas de historia. Y continuó como antes, una vida de gineceo en la que se presiente el Oriente sin salir nunca con el padre ó con el marido, con los días pasados en el fondo de sus habitaciones cerradas y únicamente alegradas por el único respiro, por el eterno paseo obligatorio, la vuelta diaria al Corso y al Pincio. En el interior de la casa la obediencia era absoluta, los lazos de la familia conservaban una autoridad, una fuerza que las doblegaba á ambas bajo la voluntad del conde, y esto sin rebelión posible, y á esa voluntad agregábanse las de *donna* Serafina y la del cardenal, severos acérrimos defensores de las antiguas costumbres. Desde que el papa había dejado de pasear por Roma, el cargo de caballero mayor ocupaba poco al conde, porque las cuadras y cocheras habíanse reducido mucho; pero eso no impedía que hiciese su servicio en el Vaticano, mas sólo como de aparato, desplegando gran celo devoto y como una protesta continua contra la monarquía usurpadora instalada en el Quirinal. Acababa Benedetta de cumplir los veinte años, cuando una tarde y de regreso de una solemnidad en San Pedro, volvió su padre tosiendo y firitando. A los ocho días se murió á consecuencia de un catarro pulmonar. Y, en medio de su duelo, fué como una inesperada suerte inconfesada para aquellas pobres mujeres que se vieron libres.

Desde aquel instante no tuvo Ernesta más que un pensamiento: el de salvar á su hija de aquella existencia limitada por cuatro paredes, entre las que estaba como enterrada. Habíase ella aburrido demasiado y ya no la quedaba tiempo para renacer, mas no quería que á su turno viviese Benedetta una vida contra la naturaleza encerrada en una tumba voluntaria. Además ese cansancio, esa rebelión observábanse en algunas familias patricias, las que, pasado el enfurruñamiento de los primeros tiempos, empezaban á aproximarse al Quirinal. ¿Por qué los hijos ávidos de acción, de libertad, de sol y de aire libre habían de sostener eternamente la querrela de los padres? Sin que se pudiese aún producir una reconciliación entre el mundo negro y el mundo blanco, confundíanse algunos mati-

ces y habíanse verificado imprevistas alianzas. La cuestión política era indiferente para Ernesta, que hasta la ignoraba, pero lo que sí deseaba con pasión era que su raza saliese de aquel execrable sepulcro, de aquel palacio Boccanera, negro, mudo, en el que sus alegrías de mujer habíanse helado con una muerte tan lenta. Había sufrido demasiado en el fondo de su corazón como hija, como amante y como esposa, y cedía á la cólera de su destino truncado, sumida en una resignación imbécil. La elección de un nuevo confesor influyó también en su voluntad, porque Ernesta había seguido siendo muy religiosa y se prestaba docil á los consejos de su director espiritual. Para quedar más libre abandonó al padre jesuita que su marido en persona la escogiera y lo reemplazó con el abate Pisoni, cura párroco de una iglesia vecina, de Santa Brígida, en la plaza de Farnesio. Era un hombre de cincuenta años, muy cariñoso y bueno, y de una caridad muy rara en país romano, pero al que la arqueología, la pasión de las piedras antiguas, había convertido en ardiente patriota. Se decía de él que, por muy humilde que fuese, en distintas ocasiones había servido de intermediario entre el Vaticano y el Quirinal para asuntos muy delicados. Al llegar también á ser confesor de Benedetta, muchas veces habló con la madre y la hija de la grandeza de la unidad italiana, de la dominación triunfal de la Italia el día en que el papa y el rey se pusiesen de acuerdo.

Amábanse Benedetta y Dario, lo mismo que el primer día, sin prisas, con ese amor fuerte y tranquilo de los amantes que saben pueden contar el uno con el otro. Sucedió empero por entonces que Ernesta se interpuso entre ambos, oponiéndose á ese casamiento. ¡No! ¡Dario, no! Aquel pariente, el último de su apellido, no; porque encerraría también á su mujer en la negra tumba del palacio Boccanera! Sería aquello el sepelio continuo, la ruina agravada, la misma orgullosa miseria, el mismo enfurruñamiento que deprime y embrutece. Conocía bien á Dario y sabía que era débil y egoísta, incapaz de pensar y obrar, destinado á enterrar sonriendo á su raza, ó dejar que las últimas piedras de su casa cayesen sobre su cabeza sin tener energía para fundar una familia nueva, y lo que Ernesta quería era otra fortuna, la renovación de su hija, á